

Queridos hermanos y hermanas: Buenos días.

En la liturgia de hoy leemos el capítulo 15 del Evangelio de Lucas, que contiene las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja perdida, la moneda perdida, y la más larga de todas las parábolas, propia de Lucas, la del padre y sus dos hijos, el hijo "pródigo" y el hijo, que se cree "justo", que se cree santo. Estas tres parábolas hablan de la alegría de Dios. Dios es alegre. Interesante esto: ¡Dios es alegre! Y, ¿cuál es la alegría de Dios? La alegría de Dios es perdonar, el gozo de Dios es perdonar! Es la alegría de un pastor que encuentra su ovejita; la alegría de una mujer que encuentra su moneda; es la alegría de un padre que recibe en casa al hijo que se había perdido, estaba como muerto, y ha revivido, ha vuelto a casa. ¡Aquí está todo el Evangelio! ¡Aquí! ¡Aquí está todo el Evangelio, está todo el cristianismo! ¡Pero observad que no es sentimiento, no es "buenismo"! Al contrario, la misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del "cáncer" que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual. Sólo el amor llena los vacíos, los abismos negativos que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer eso, y ¡esta es la alegría de Dios!

Jesús es todo misericordia, Jesús es todo amor: es Dios hecho hombre. Cada uno de nosotros, cada uno de nosotros, es aquella oveja perdida, aquella moneda perdida; cada uno de nosotros es el hijo que ha perdido su libertad siguiendo falsos ídolos, ilusiones de felicidad, y perdió todo. Pero Dios no nos olvida, el Padre nunca nos abandona. ¡Es un padre paciente, nos espera siempre! Respeta nuestra libertad, pero permanece siempre fiel. Y cuando regresamos a Él, nos acoge como hijos, en su casa, ya que nunca nos abandona, ni siquiera por un momento, nos espera, con amor. Y su corazón se regocija por cada hijo que regresa. Está de fiesta, ya que es la alegría. Dios tiene esta alegría, cuando uno de nosotros, pecadores, va a Él y pide su perdón.

¿Cuál es el peligro? Es que nosotros presumamos de ser justos, y juzguemos a los demás. Juzgamos, incluso, a Dios, porque creemos que debería castigar a los pecadores, condenándolos a muerte, en vez de perdonar. ¡Entonces, sí que estamos en peligro de quedar fuera de la casa del Padre! Como el hermano mayor de la parábola, que en lugar de estar feliz porque su hermano ha vuelto, se enoja con su padre que lo acoge y celebra. Si en nuestro corazón no hay misericordia, alegría del perdón, no estamos en comunión con Dios, aún observando todos los preceptos, porque es el amor el que salva, no la mera práctica de los preceptos. Es el amor a Dios y al prójimo el que cumple todos los mandamientos. Y este es el amor de Dios, su alegría: perdonar. ¡Siempre nos espera! Quizá alguien tiene algo que pesa en su corazón, "Pero, hice esto, hice aquello...". ¡Él te espera! ¡Es Padre: siempre nos espera!

Si vivimos según la ley "ojo por ojo, diente por diente", nunca salimos de la espiral del mal. El Maligno es astuto, y nos engaña con que nuestra justicia humana puede salvarnos y salvar al mundo. ¡De hecho, sólo la justicia de Dios nos puede salvar! Y la justicia de Dios se reveló en la Cruz: la Cruz es el juicio de Dios sobre todos nosotros y sobre este mundo. Pero, ¿cómo nos juzga Dios? ¡Dando su vida por nosotros! Este es el acto supremo de justicia que derrotó de una vez por todas al príncipe de este mundo; y este supremo acto de justicia es también el supremo acto de misericordia. Jesús nos llama a todos a seguir este camino: "Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso" (Lc 6,36). Os pido una cosa ahora mismo. En silencio, todos, pensemos... en una persona con la que no estamos bien, con la que estamos enojados, a la que no queremos bien. Pensemos en esa persona y en silencio, en este momento, pidamos por esa persona y seamos misericordiosos con esa persona. Invoquemos ahora juntos la intercesión de María, Madre de la Misericordia